

IV

Poniendo su amor propio en una lucha de flemma y de impasibilidad, ni el doctor Seignebos, ni el señor Galpin-Daveline habian hecho un sólo movimiento para averiguar lo que pasaba fuera.

El médico se disponia á continuar su operacion, metódicamente, con la misma tranquilidad que si estuviera en su casa trabajando en su gabinete, lavaba la esponja de que acababa de servirse y limpiaba sus pinzas y sus bisturis.

El juez de instruccion, de pie en medio de la pieza, con los brazos cruzados, parecia seguir con la mirada en el vacio, ciertas combinaciones inaccesibles.

Tal vez pensaba que su buena estrella lo habia guiado, al fin, hacia aquella causa ruidosa

que por tanto tiempo y tan inútilmente habia deseado con todos sus votos.

Pero el señor de Claudieuse estaba lejos de participar de su indiferencia. Se agitaba en su lecho, y cuando el señor Seneschel y el señor Daubigeon volvieron á presentarse, pálidos y trastornados:

—¿Cuál es la causa de ese tumulto? preguntó.

Entonces, y cuando supo la catástrofe:

—¡Dios mío!... exclamó, y yo que gemia por verme en parte, arruicado. ¡Dos hombres muertos!... ¡Esa es la verdadera desgracia! ¡Pobres gentes, victimas de su valor!... ¡Bolton, un joven de treinta años! ¡Guillebault, un padre de familia que deja cinco hijos desamparados!...

La condesa, que entraba en aquel momento, habia escuchado las últimas palabras pronunciadas por su marido.

—Mientras nos quede un pedazo de pan que comer, interrumpió ella con vez profundamente turbada, ni á la madre de Bolton ni á los hijos de Guillebault les faltará nada.

No pudo decir más.

Los aldeanos que habian descubierto á Cololé invadian la habitacion, empujando delante de ellos á su prisionero.

—¿Dónde está el juez? preguntaron. Aquí está el testigo.

—¡Cómo! ¡Cocolé! exclamó el conde.

—Sí, él sabe alguna cosa y lo ha dicho; es necesario que lo repita á la justicia para que se encuentre al incendiario.

El señor Seignebo frunció el ceño.

¡El querido doctor execraba á Cocolé, y su presencia le recordaba aquella famosa experiencia que le habia valido algunas burlas en Sauveterre.

—Vais realmente á interrogarlo? preguntó al señor Galpin-Daveline.

—¡Por qué no? dijo secamente el juez.

—Porque es completamente un imbécil, señor, un estúpido, un idiota. Porque es incapaz de comprender el valor de vuestras preguntas y la importancia de sus respuestas...

—Puede facilitarnos algun indicio precioso, señor...

—¡El!... ¡un ser desprovisto de razon!...

¡Ni lo penseis!... ¡Es imposible que la justicia tome en cuenta las respuestas incoherentes de un loco!

El descontento del señor Galpin-Daveline se traducia por el aumento de su inflexibilidad.

—Sé lo que debo hacer, señor, dijo.

—Y yo, respondió el médico, conozco mi

deber. Habeis solicitado el concurso de mis luces y os lo traigo. Declaro que el estado mental de este machacho es tal, que no puede ser escuchado, ni á título de presunciones. Apelo al señor procurador de la República.

Esperaba una palabra del señor Daubigeon que lo animara. Como la palabra no se dejaba oír:

Tened cuidado, señor, agregó; os metais en un sendero sin salida. ¿Qué hareis si este desgraciado responde á vuestras preguntas, con una acusacion formal?... ¿Perseguireis á quien acuse?

Los aldeanos escuchaban con la boca abierta, aquella discusion.

—¡Oh! Cocolé no es tan inocente como se cree, dijo uno de ellos.

—¡El bribon sabe decir bien lo que quiere! agregó otro.

—A pesar de todo, le debo la vida de mis hijas, declaró dulcemente la señora de Claudiense. Se acordó de ellas cuando todas las olvidaron, estando yo como herida por un vértigo. Acércate, Cocolé, acércate amigo mio, no tengas miedo, nadie te quiere mal...

Tenia necesidad de aquellas palabras consoladoras.

Espantado por las brutales expresiones de

que había sido objeto, el pobre idiota temblaba tanto, que sus dientes chocaban.

—Yo... yo... no ten... go... miedo... tartamudeó

—Protesto una vez más, insistió el médico. Acababa de reconocer que no solo él era de aquella opinión.

—Creo, en efecto, que puede ser peligroso interrogar á Cocolé, dijo el señor de Claudieuse.

—También lo creo, apoyó el señor Daubignon.

Pero el juez era el dueño de la situación, armado de los poderes casi ilimitados que la ley confiere al magistrado instructor.

—Os suplico, señores, dijo con un tono que no admitía réplica, que me dejéis proceder mi modo.

Y tomando asiento se dirigió á Cocolé.

—Vamos, amigo mío, replicó con la mejor voz que pudo, escúchame bien y procura comprenderme. ¿Sabes lo que ha habido esta noche en Valpinson?

—El fuego, respondió el idiota.

—Si amigo mío, el fuego que ha destruido la casa de tus bienhechores, en que acaban de perecer dos pobres bomberos... Y no es eso todo, han tratado de asesinar al conde de Claudieuse. ¿Lo ves en ese lecho, herido y eu

bierto de sangre? ¡Mira el dolor de la señora de Claudieuse!...

¡Comprendió Cocolé? Su gesticuladora cara no traicionó lo que pasaba en su interior.

—¡Absurdo! gruñía el doctor. ¡Temeridad! ¡Tenacidad!...

El señor Galpin Daveline lo escuchó

—¡Señor! pronunció brevemente, no me obliguéis á recordar que hay aquí muy cerca gente encargada de hacer respetar mi carácter.

Y volviéndose hacia el pobre idiota:

—Todas esas desgracias, amigo mío, prosiguió, son la obra de un cobarde incendiario. Lo detestas; no es verdad? ¿olías á esa miserable?...

—Si, dijo Cocolé.

—Deseas que sea castigado....

—¡Sí! ¡sí!...

—Pues bien; es preciso ayudarme á descubrirlo, para que sea detenido por los gendarmes y reducido á prisión. Lo conoces, tú mismo has dicho que lo conocías....

Se detuvo, y al cabo de un instante, viende que Cocolé seguía callado:

—¡Pero, preguntó, á quién ha hablado este pobre diablo!

Esto es lo que ningún aldeano pudo decir. Se tomaron informes inútilmente. Tal vez Cocolé no había dicho lo que se le atribuía.

—Lo que es seguro, declaró uno de los trabajadores de Valpinson, es que ese pobre imbécil casi nunca duerme, y que todas las noches ronda como un perro de guarda, al rededor de las habitaciones....

Aquello fué para el señor Galpin Daveline como un rayo de luz.

Cambiando bruscamente la forma de interrogatorio:

—¿Donde has pasado la noche? preguntó á Cocolé.

—En.... en.... el.... patio....

—¿Dormías cuando se declaró el incendio?

—No.

—¿Lo has visto comenzar?

—Sí.

—¿Cómo comenzó?

Obtinadamente, el iliota tenia sus miradas fijas en la señora de Claudieuse, con la expresión temerosa y sumisa del perro que quiere leer en los ojos de su amo.

—Responde, amigo mio, insistió dulcemente la condesa; obedece, habla....

Una luz brilló en los ojos de Cocolé.

—Han.... prendido el fuego.... tartamudeó.

—¿Intencionalmente?

—Sí.

—¿Quién?

—Un señor....

No habia uno de los testigos de aquella escena, que no contuviera la respiracion para escuchar mejor. Solo el doctor se irguió.

—¿Este interrogatorio es insensato! exclamó.

Pero el juez de instruccion pareció no escucharlo, y aproximándose á Cocolé con una voz que alteraba la emocion.

—¿Viste á ese señor? preguntó.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—Muy.... muy.... bien.

—¿Sabes su nombre?

—¡Oh! sí.

—¿Cómo se llama?

Una expresion de espantosa angustia contrajo el pálido semblante de Cocolé; titubeó, pero al fin haciendo un violento esfuerzo respondió:

—Bois.... Bois.... Boiscoran.

Murmullos de descontento y burlas incrédulas acogieron aquel nombre.

No habia ni una sombra de duda, de vacilacion.

—¿El señor de Boiscoran, un incendiario? decian los aldeanos; ¿quién creará eso jamás?

—¡Eso es absurdo! declaró el señor de Claudieuse.

—¡Insensato! aprobaron los señores Seneschal y Daubigeon.

El doctor Seignebos se quitó los anteojos, y limpiándose con aire de triunfo:

—¡Qué habia yo dicho! exclamó. Pero el señor juez de instruccion no se ha dignado tomar en cuenta mis observaciones....

El señor juez de instruccion estaba mucho más emocionado que todos. Se habia puesto excesivamente pálido, y eran muy visibles los esfuerzos que hacia para guardar su impasible frialdad.

El procurador de la República se inclinó hacia él.

—En vuestro lugar, murmuró, dejaria las cosas en tal estado, considerando como no sucedido lo que acaba de pasar.

Pero el señor Galpin Daveline era uno de esos hombres á quienes ciega el orgullo exagerado que tienen de si mismos y que se dejarían partir en pedazos, antes de confesar que se habian equivocado.

—Llegaré hasta el fin, respondió.

Y dirigiéndose de nuevo á Cocolé, en medio de un silencio tan profundo que se podría escuchar el aleteo de una mosca:

—¿Comprendes bien, muchacho, le preguntó, lo que he dicho? ¿Comprendes que acusas á un hombre de un crimen abominable?

Que Cocolé comprendiera ó no, estaba en todo caso agitado por una angustia manifiesta. Gotas de sudor brotaban de sus deprimidas sienas y corrían por sus mejillas; accesos fuertísimos sacudían sus nervios, produciendo á la vez en su rostro ciertas convulsiones.

—Yo.... yo.... he dicho.... la verdad, tartamudeó.

—¿Es el señor de Boiscoran el que ha prendido fuego á Valpinson?

—Si.

—¿De qué medios se ha valido?

La mirada extraviada de Cocolé se dirigía incesantemente, del conde de Claudiuse que parecia indignado, á la condesa que escuchaba con aire de dolorosa sorpresa.

—¡Habla! insistió el juez de instruccion.

Después de un momento de vacilacion, el idiota trató de explicar lo que habia visto, y estuvo durante cinco minutos de esfuerzos, de contorsiones y de balbucientes palabras, tratando de hacer comprender que habia visto al señor de Boiscoran, á quien conocia bien, sacar de su bolsa unos periódicos, encenderlos con una cerilla y ponerlos debajo de un monton de paja que estaba muy cerca de dos enormes montones de leña, recargados contra un depósito, abastecido de aguardiente.

—¡Esa es demencia!... exclamó el doctor traduciendo ciertamente la opinion de todos.

Pero ya el señor Galpin Daveline habia logrado dominar su turbacion, y paseando en su derredor una feroz mirada:

—A la primera señal de aprobacion ó reprobacion, declaró, llamo á los gendarmes y hago salir á todo el mundo.

Dicho esto volviendose hácia Cocolé:

—Puesto que viste bien al señor de Boiscoran, le preguntó, ¿de qué modo estaba vestido?

—Tenja un pantalon blanco, respondió el idiota siempre farfullando horriblemente; un saco obscuro y un sombrero grande. Elevaba el pantalon metido entre las botas.

Dos ó tres al leanos se entrevieran como si hubieran sido heridos por una misma sospecha.

Estaban acostumbrados á encontrar al señor de Boiscoran, tal como habia sido descrito por Cocolé.

—Y cuando hubo prendido el fuego, prosiguió el juez, ¿qué hizo?

—Se ocultó detrás de la leña.

—¿Y después?

—Preparó su fusil, y cuando salió el amo le tiró.

Oviadando el dolor de sus heridas, el señor

de Claudieuse saltaba de indignacion en su lecho.

Es monstruoso, exclamó, dejar á ese miserable idiota manchar á un hombre honrado, con sus estúpidas acusaciones. Si ha visto al señor de Boiscoran prender el fuego y ocultarse detrás de la leña para asesinarne, ¿por qué no ha dado la alarma? ¿por qué no ha gritado?

Dócilmente, con la gran sorpresa de los señores Seneschal y Daubigeon, el señor Galpin Daveline repitió la pregunta.

—¿Por qué no la amaste? preguntó á Cocolé.

Pero los esfuerzos que habia hecho durante media hora, dejaron agotadas las fuerzas del desgraciado idiota.

Soltó una risa estúpida, y casi al momento fué presa de una crisis de su mal; cayó en el suelo deb tiéndose y gritando; fué necesario sacarlo.

El juez de instrucion estaba de pie, pálido, asombrado, fruncido el ceño, los labios contraídos; parecia reflexionar.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó al oido el procurador de la República.

—Continuar... dijo en voz baja.

—¡Oh!

—¿Puedo hacer otra cosa en mi situacion? Dios es testigo de que preguntando á ese des-

graciado idiota, mi objeto era el de hacer brillar lo absurdo de su acusación. El resultado ha equivocado mi propósito.

—Y ahora....

—Ya no hay que vacilar: diez testigos han asistido al interrogatorio, mi honor está de por medio; es preciso que demuestre la inocencia ó la culpabilidad del hombre acusado por Cocolé....

Y en el momento, aproximándose al lecho del señor Claudieuse:

—¿Queréis ahora, señor, decirme cuáles son vuestras relaciones con el señor de Boiscoran?

La sorpresa y la indignación enrojecieron las mejillas de conde.

—¿Es posible, señor, exclamó, que deis crédito á lo que acabais de escuchar?....

—Nada creo, señor, pronunció el juez. Tengo la misión de descubrir la verdad, la busco....

—El doctor os ha dicho cuál es el estado mental de Cocolé....

—Señor, os suplico que me contestéis.

El señor de Claudieuse hizo un gesto de cólera y vivamente:

—Pues bien, respondió, mis relaciones con el señor de Boiscoran no son ni buenas ni malas; no las tenemos.

—Pretenden, lo he oído decir, que estais en mala armonia....

—Ni buena ni mala. No salgo de Valpinson. El señor de Boiscoran vive en Paris, tres cuartas partes del año. Nunca ha venido á mi casa y jamás he puesto los pies en la suya....

—Han escuchado que os habeis expresado de él en términos poco mesurados....

—Eso es posible. No tenemos ni la misma edad, ni los mismos gustos, ni las mismas opiniones, ni las mismas creencias. El es joven y yo viejo. A él le gusta Paris y el mundo; yo amo la soledad y la caza. Soy legitimista y él fué orleanista y se ha vuelto demócrata. Creo que solo el descendiente de nuestros reyes legítimos puede salvar nuestro país. Uede uno ser enemigo político sin dejar de estimarse. El señor de Boiscoran es un hombre galante. Es uno de los que durante la guerra, han cumplido perfectamente con su deber, se ha batido bien y ha salido herido.

El señor Galpin Daveline anotaba cuidadosamente las respuestas del conde. Cuando acabó:

—No se trata solamente de disentimientos políticos, replicó. Habeis tenido con el señor de Boiscoran conflictos de interés.....

—Insignificantes.

—Perdonad, habeis tenido pleitos.

—Nuestras tierras se tocan, señor. Hay entre nosotros un desgraciado curso de agua, que es para los rivereños un eterno motivo de disgustos.

El señor Galpin-Daveline inclinó la cabeza.

—Vosotros no sólo habeis tenido diferencias, señor, dijo. Habeis tenido, y esto todo el mundo lo ha sabido, al tercados violentos.

El conde de Claudieuse estaba como desolado.

—Es verdad, nos hemos cambiado algunas frases..... El Señor de Boiscoran tenia dos malditos perres, que siempre se escapaban de su perrera, para venir á meterse en mis terrenos.... Es increíble lo que destruyeron los sotos....

—Precisamente.... Y un día en que encontrásteis al señor de Boiscoran, lo amenazásteis con matar á sus perres....

—Estaba furioso, lo reconozco; pero estaba en un error, lo cofesaré mil veces, lo amenacé....

—Todo eso es exacto. Ambos estabais armados, os acalorásteis, fué amenazado por vos, y apuntó para dispararos.... No lo neguéis; diez personas lo han visto, lo sé, él me lo ha dicho.



No habia una sola persona de la poblacion que no supiera de qué mal tan espantoso habia sido atacado Cocolé: todos estaban persuadidos de que cuantos cuidados se le prodigaban eran inútiles.

Los dos hombres que lo habian llevado creian que habian hecho bastante con dejarlo sobre un monton de paja húmeda. Lo abandonaron en seguida y fueron á mezclarse entre la tur a para referir lo que habian oido.

Es un acto de justicia decir que de los centenares de aldeanos que apresuradamente se presentaron al derredor de los escombros humedados de Valpisoa, su primer movimiento fué el de abrumar con sus pullas y maldiciones, al sér sin cerebro que habia atribuido el incendio al señor de Boiscoran.